

Dedicatoria de MANUEL PALACIO, Decano de la Facultad de Humanidades, Comunicación y Documentación. Diciembre 2016

Han transcurrido ya algunos siglos desde que el eminente científico Francis Bacon vinculara el universo de la creación artística o literaria, los mundos de la ficción y de la imaginación teatral, en sus propias palabras, con las desviaciones, los prejuicios o las idolatrías que enredan y confunden al pensamiento humano. Los miembros fundadores de la Royal Society, inspirados por la doctrina de Bacon, llegarían incluso a prohibir en sus reuniones comentarios sobre cuestiones sociales, estéticas, políticas o religiosas, con el fin de no incurrir en polémicas "estériles". La sombra del debate sobre "las dos culturas", en definitiva, entre la cultura de las letras y la de las ciencias, tal y como lo formulara esquemáticamente C.P. Snow a mediados del siglo XX, sigue proyectándose sobre nuestro interés por aclarar si son más eficaces los recursos de una o de otra para desentrañar las preguntas básicas del hombre. Y lo hace de manera hartamente preocupante en los últimos tiempos, cuando nos empieza a invadir la sensación de que el conflicto puede resolverse por la vía del menosprecio y el desamparo de la razón humanística.

Recuerdo a propósito un episodio de la serie televisiva norteamericana *Star Trek: The New Generation* ("Loud as a Whisper", segunda temporada, episodio 5, 1989). Los tripulantes de la nave Enterprise deciden mediar entre dos 'tribus' del lejano planeta Solais V, atrapadas en un ciclo histórico de enfrentamientos y luchas fratricidas, y para lograr su objetivo recurren a los servicios de un mediador profesional. Como hecho singular, el especialista en negociación es una persona sorda que se comunica a través de una especie de "coro", de un equipo auxiliar formado por tres traductores que transmiten enunciados inspirándose en la filosofía, la pasión y la armonía. El trabajo se complica porque el recurso a la violencia está muy arraigado entre los habitantes de Solais, y un desafortunado incidente provoca la muerte de los ayudantes del negociador. Huelga decir que todo acaba bien y la paz vuelve a reinar entre los contendientes, cuando ambos se ven obligados a aprender el lenguaje de signos para entablar negociaciones. En línea con las propuestas del científico y divulgador Stephen Jay Gould, el capítulo incide en el hecho de que la tradición humanista, encarnada en la figura del negociador Riva, es capaz de superar algunos de los retos más complejos de

la contemporaneidad de manera eficaz y productiva. Sobre todo cuando se pone de manifiesto la importancia que adquiere la comprensión de lo opuesto, de lo diferente, en la resolución de cuestiones en las que la dimensión narrativa y comunicativa del propio conocimiento no pueden soslayarse.

Hasta hace algunas décadas se tendía a asumir con plena conciencia este axioma sobre el saber humanístico. Todo parecía estar mucho más claro, y el fiel de la balanza en equilibrio. La realidad era inconcebible sin el estímulo creativo del arte, la literatura, la música o el cine, o sin el relato consistente y bien armado de historiadores, filólogos y filósofos. En suma que todos sabíamos aquello que no se podía sin Rossellini. Después, como todos sabemos, las cosas cambiaron. La continuidad y estabilidad de valores hasta ahora aceptados sobre la contribución de las letras a la vida social comenzaron a ofrecer escasas garantías. Tal vez esta realidad no implique nada más que la urgencia de un nuevo reto: el de encontrar un nuevo espacio para las humanidades que trascienda en la esfera pública. Es absurdo y engañoso pensar, en cambio, que la solución a este conflicto se supere con el “modelo” japonés, reduciendo o aligerando el peso de los estudios de humanidades en los campus universitarios. Esta alternativa corre el riesgo de convertirse en un callejón sin salida social y cultural. El camino es el de los intrépidos navegantes del Enterprise: frente a las crisis, más interés por la cultura y por las letras; para moverse con destreza y agilidad en un mundo globalizado, más filosofía.

Francisco F. Lisi Bereterbide lo sabe. Nos ha enseñado que en nuestra vida cotidiana, en el espacio público de convivencia, no podemos prescindir de la solidez y la coherencia que han aportado los grandes pensadores y filósofos. Y consecuentemente ha iluminado con su saber y maestría el ágora de nuestra casa, la academia que pretende ser la Facultad de Humanidades, Comunicación y Documentación. Homenajamos el trabajo investigador y docente del profesor Lisi con esta edición, pero también su deseo de crear un mundo y una universidad mejor. Una utopía, con su permiso, el de Platón y la clarividencia de las páginas que vienen a continuación. Yo no puedo aquí dejar de lado su empeño por recuperar las esencias de la filosofía moral, el pensamiento clásico en la sentencia, tal como recomendaba Séneca a Lucilio y que podría aparecer en el trabajo del Instituto Universitario Lucio Anneo Seneca que dirige (“Instituto de Estudios Clásicos), cuyo subtítulo es más que indicativo: “sobre la sociedad y la política” (<http://www.institutolucioanneoseneca.com/index.php/es/>) . Gracias por todo.